

EL HIJO DE KRAUSS

Cuando nació la niña, mucho más morena que el padre y que ella misma, mucho más aun que todos los antepasados conocidos de ambos, ella, la madre, así como todo el que pudiera saber de la lejana historia, tuvo que recordar. Recordaron a Krauss, el altísimo alemán, el hombre catire de saltones ojos azules.

Para entonces la ciudad de los diecisiete primeros años de Diana era aun un pueblo grande, donde, aunque fuera sólo de nombre, todas las familias se conocían, donde los forasteros como Krauss eran acuciosamente vigilados y respetados; lo primero tal vez por simple curiosidad y falta de oficio, lo segundo por pura admiración hacia aquellos portadores de experiencias remotas allende el río, la selva y las sabanas.

Que Krauss fuera un buen o mal hombre a nadie le importaba, a nadie (casi) importó en verdad durante el poco tiempo, quizás apenas meses, que estuvo encargado de llevar las cuentas del mayor comercio alemán de la región, ubicado en una de las casas más vistosas del paseo, justo -y no es casualidad- en la época en que comenzó su deterioro, el de la casa con las cinco ventanas y el amplio balcón azul y el de toda la calle frente al río espléndido y soberbio. Esto, por no hablar del abandono de toda la zona central, cuando las más rancias familias, sin ningún tipo de nostalgia o culpas, decidieron vender o alquilar las viejas mansiones antillanas saturadas de historia, huyendo del agua y sus peligrosos caprichos, rumbo a la planicie, a las relucientes y cómodas casas blancas, cremas o rosadas con enormes patios y pulcros jardines delanteros. A nadie le importó que Krauss fuera un buen o mal hombre porque se entendía que la virtud de los extractos, muy al contrario de la de los propios, no era cosa de incumbencia ajena, actitud que vista desde aquí podría presagiar algún futuro cosmopolitismo.

A nadie importó, excepto a María del Carmen la tarde en que vio llegar a su hija del trabajo en el comercio Blohm con los ojos brillantes y la sonrisa florida. La observó fijamente durante todas las horas que la separaban del sueño, e inclusive, antes de acostarse, se asomó con sigilo al cuarto de la muchacha para comprobar algo que no pudo: con la luz apagada resultaba imposible sacar precisas conclusiones a partir de la respiración alterada de una asmática crónica. La auscultó (no puede ser otra la palabra) durante las semanas siguientes, pero tampoco obtuvo resultado alguno. Era una tarea demasiado difícil, porque aunque los ojos continuaran relucientes y el carácter taciturno de Diana siguiera mostrando síntomas de desacostumbrados y espasmódicos entusiasmos, no hay que olvidar que María del Carmen era una madre y Diana (cosa que nadie hubiera sospechado, ni siquiera ellas mismas) la más amada de sus hijos; es decir, que la preocupada progenitora se negaba a toda costa lo que para cualquier otro imparcial observador hubiera sido más que evidente. Como en efecto lo fue. Porque se dice, y es que al parecer alguna vez la madre lo contó, que una fiel o intrigante vecina (depende de la perspectiva de cada quien), devota de los santos y aficionada a las cartas y al tabaco para más señas, la convenció de que algo extraño amenazaba su casa, una sombra, un problema, un infortunio o adversidad. Entonces, superando todos sus prejuicios y el malestar que le producía la intimidad con una vecina que todo el barrio eludía o simulaba eludir, se dejó leer las viejas cartas españolas donde el rubio rey de espadas aparecía una vez tras otra, acechando, hostigando, desgraciando finalmente al frágil paje de corazones. Si se decidió por eso a tomar algún tipo de precauciones o alguna drástica determinación, nadie lo sabe, ni siquiera ella tuvo oportunidad de saberlo porque ese mismo día, o al siguiente, o dos o tres





después, máximo, la muchacha no llegó a las cinco y media de la tarde, sino justo a la hora de la cena, que no quiso probar tratando inútilmente de ocultar dos manchas húmedas y rojizas ocupando el lugar de los ojos hasta **hace nada relucientes**.

Krauss, por propia decisión, o por la de algún otro rubio señor de Hamburgo que tal vez sospechara posibles dolos en sus intereses de ultramar, abandonó la ciudad del río pocas horas **¿o días?** después, de tal manera que ya no quedaba ni su sombra cuando Diana convenció (porque la tuvo que convencer) a su madre de lo que ya ella estaba completamente convencida, de que en menos de siete meses tendría entre sus brazos al primer nieto, un hermoso y robusto catirito de intensos ojos azules.

¿Quién puede dudar entonces que ésta fuera la causa de la mudanza a la capital? En todo caso allí quedó la vecina para evitar cualquier otra conjetura. Nadie, sin embargo, tendría el derecho de asegurarlo, al fin y al cabo otros dos de los hijos habían escapado meses atrás en busca de un mejor destino, y tal vez justo en ese momento, cuando Diana estaba a punto de abandonar los vestidos que entallaban su cintura y las blusas comenzaban a ondear fuera de las faldas, llegó una carta anunciando que ya habían asegurado trabajo y casa en la ciudad del porvenir.

Se supone pues, dada la época y modesta condición familiar, que la obligada visita al médico se dio en la capital. Pero esto carece de importancia, lo que interesa en todo caso es que por suerte sucedió antes de tomar valor para comunicar la buena (o mala) nueva a los otros hijos y parientes más cercanos, porque entonces, por boca de algún galeno que para siempre se convertiría en una suerte de santo a los ojos de María del Carmen y de engendro cruel a los de Diana, supieron que el bárbaro apetito de la muchacha debía tener causas muy diferentes a aquello de la necesidad de comer por diez y que era ésta la razón, y no otra, de los problemas con su guardarropa: ¿Embarazo?, ¿cómo va a haber embarazo, señora? Cíérrele el pico y nada más, que es muy bonita y joven para perder la figura tan pronto y por pura desidia.

Claro está, que no obstante las rápidas y pretendidas científicas respuestas del médico, ninguna de las dos alcanzó a comprender lo del embarazo psicológico. La madre, porque un deseo tal por parte de la hija (o mejor dicho, de cualquier muchacha soltera) estaba sencillamente fuera de

toda posibilidad de entendimiento; la frustrada progenitora del bastardo del forastero alemán, porque sus limitadas luces le impedían aceptar la existencia de algo más poderoso que eso, su propio deseo.

Diana **jamás volvió a recuperar su peso**; tampoco nunca, madre y/o hija, volvieron a comentar el asunto, y tal vez ni siquiera a pensarlo hasta que bastante tiempo después la muchacha presentó por fin un novio formal, el primero, el único que se le conocería.

El día en que se fijaba la fecha del matrimonio, María del Carmen se decidió, y adoptando la más seria expresión de circunstancia llamó aparte a aquel hombre tan fino y respetuoso, ciertamente el mejor partido posible, para anunciarle una crucial, dolorosísima conversación que habría de darse a la tarde siguiente en alguna desolada fuente de soda. Se sabe con seguridad que el novio afirmó ignorar cualquier secreto, cualquier anormal episodio en la vida de su tímida y dulce prometida, también, que a pesar de lo que le dijera la afligida mujer, que a pesar de las posibles dudas que desde ese momento pudieran haberlo hostigado, mantuvo su palabra, porque la boda se dio, uno, dos meses después. Por eso la madre tenía siempre una disculpa a flor de labios para justificar al esposo que tan infeliz vida conyugal le ofrecía a su hija; al fin y al cabo, se decía, no sin obviar los quince kilos de exceso de Diana, los favores cuestan caro.

Se entiende entonces que cuando Diana se esfuerza en mirar amorosamente a esta niña tan morena, mucho más morena que el padre y que ella misma, mucho más aun que todos los antepasados conocidos de ambos, ella y la otra, las dos mujeres, tengan que acordarse de Krauss y su fallido hijo, tan rotundamente diferente a la bebé de cualquier insignificante color de ojos que la abuela primeriza le ha puesto entre los brazos. Pero, tal como suponemos, los sentimientos ante este recuerdo, muy lejano en apariencia, son también radicalmente distintos, sobre todo porque Diana sí sabe con absoluta certeza, sin poder precisar por cierto desde cuándo lo sabe, que el alemán fue un buen hombre, el mejor que ha conocido, y que nunca existieron razones para presumir que aquel primer y definitivo aumento de peso, tuviera otra explicación más allá de un bárbaro apetito, quizás simple y lógica expresión somática de una muchacha que continúa locamente enamorada.



***Silda Cordoliani** (1954) es licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela y Doctorada en Cinematografía por la Universidad de Barcelona. Su creación se ha desarrollado por tanto, desde esta doble caracterización: el cine y la narrativa. Como narradora tiene publicado un libro de cuentos, *Babilonia*. Ha recogido en el libro *Sesión continua* parte de sus trabajos de crítica cinematográfica. Como guionista adapta al cine la segunda novela de Carlos Noguera, *Inventando los días*. Es autora, además, del excelente prólogo a la edición de 1991 de *Historias de la Calle Lincoln*. Ha sido gerente editorial de Monte Ávila Editores, la prestigiosa editorial venezolana.